
No Hay que Sestear el Domingo

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7546

Título: No Hay que Sestear el Domingo

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 11 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 11 de agosto de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

No Hay que Sestear el Domingo

Un candil, produciendo más humo que luz, alumbraba débilmente la mezquina estancia, cuyo pajizo techo estremecíase a cada instante, sacudido por las ráfagas.

Sentado sobre el borde del catre, la cabeza gacha, don Epifanio estaba tan abstraído, que ni siquiera advirtió que la brasa del pucho le chamuscaba el recio bigote gris. Recién al sentir el calor sobre la «jeta» tornó a la realidad.

—¡Tiempo apestao!—clasificó con rabia.

Silvino, que sentado sobre un baúl, frente al catre, atormentaba una vieja guitarra llena de parches, asintió:

—Asqueroso... Con la húmeda, las cuerdas se aflojan, nu hay tiemple que resista, y asina, es claro, no me puede salir esta polca quebrallona qu'estoy componiendo pal familiar del domingo...

Don Epifanio lo miró con lástima.

—Siempre has de ser el mismo—dijo;—siempre más preocupao en el lujo del apero qu'en el cuidao del caballo.

Silvino cruzó la pierna, acostó en ella la vihuela y, sonriendo con una sonrisa infantil que iluminaba su lindo rostro bronceado, respondió:

—¿Y en qué quiere que piense?... El cachorro, el potranco, el ternero y la borrega, sólo atinan a jugar, a divertirse; y bien disgraciaos serían si con el calostro en los labios comenzaran

a riflisionar sobre los rebencazos que vendrán, las pinchaduras de las espuelas, el peso del yugo y el filo del cuchillo!...

—¡Vos te pensás que tuita la vida es domingo!...

—No, viejo, no; yo creo que la juventud es el domingo'e la vida, y que hay que aprovecharlo hasta el güeso, del mismo modo que no se ha de tirar la botella mientras tenga un trago'e caña.

—En comparancia con la semana, el domingo es muy chiquito.

—¡Dejuro!... ¡Y por eso obliga sacarle el jugo, pelar bien la costilla sabrosa, criando juerzas pa mascar la pulpa'e cogote que nos han de servir dende el clariar del lunes!...

—Mucho comer indigesta.

—De acuerdo: pero yo prefiero morir de un cólico a morir de hambre; atracarme de pulpa aura que tengo dientes pa mascarla y barriga pa guardarla, a penar como usted, que recrea la vista asando asao que se han de comer los otros.

Don Epifanio, palideciendo repentinamente, se puso de pie. Su cara flaca, angulosa, morada, agrietada la escasa parte de piel que dejara visible la exuberancia capilar, húmedos los párpados, tremulante el labio, interrogó con voz ronca y gesto amenazante:

—¡Eso parece alusión!

Y Silvino, impasible:

—Pueda que sí.

—¿Te referís a Eufrasia, a mi sobrina Eufrasia?...

—Va rumbiando bien.

Don Epifanio adelantó dos pasos, levantando los puños,

semejantes a dos granadas repletas de explosivos.

—¿Qué querés decir?...

Alto, de anchas espaldas, don Epifanio, no obstante su magrura, llenó la covacha con su gesto de suprema rebelión contra las iniquidades del destino, que condena a los buenos, a los honestos a llegar siempre tarde al mercado, porque mientras ellos se demoran acumulando en la bolsa las monedas con que efectuar el pago, otro más alarife se lleva la presa a crédito.

—¿Qué querés decir?—repitió con violencia..

—Quiero decir—respondióle serenamente Silvino—que aquello que no se supo hacer el domingo, no se puede hacer el lunes.

Luego, levantándose, descolgó un pequeño espejo que estaba pendiente del muro, se acercó a Epifanio, le echó el brazo derecho sobre el hombro y, presentando con el izquierdo el vidrio donde se reflejaban una junto a la otra las dos fisonomías dijo:

—Mirá: Vos la querés a Eufrasia, yo también.... Ella tiene veinte años yo veinticinco vos más de cuarenta... Mirá... ¿a cual de los dos puede preferir?

Vencido, mortalmente vencido Epifanio, sollozó:

—¡Sin embargo, yo la quiero!... ¡Es la primera vez que he querido a una mujer!...

Silvino lo estrechó cariñosamente entre sus brazos y díjole con frase afectuosa:

—Esperaste al lunes, viejo. ¡La culpa es tuya, que despreciastes el domingo acostándote a dormir la siesta!...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.